

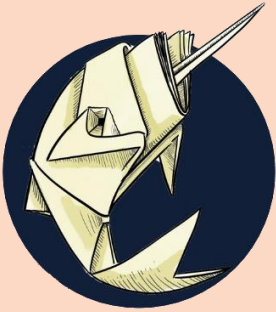
Un

océano

de

aventuras





Esta es la revista del Narval.

**Un proyecto para compartir, para crear y para
inspirarnos entre todos.**

Hoy nos espera el océano, las olas y la arena.

¿Zarpamos?

Índice

<i>Castillos</i> , por Cristian Bautista.	4
<i>Mi lugar</i> , por Patricia Castellón.	9
<i>Morgan</i> , por Daniela Lescano.	13
<i>La ingenua juventud en un mar salvaje</i> , por Alexis Lafuente	17
<i>Las olas del tiempo</i> , por Denisse Núñez	20
<i>Epifanía</i> , por Miguel Arredondo	23
<i>Océano famélico</i> , por Carolina González	26
<i>Desdichada</i> , por Adalia Winchester	28
<i>Zarpar</i> , por Mateo Holguín	30
<i>Del “Yo” y otras inmensidades</i> , por Sebastián Pérez	32
<i>Una lágrima a la luz de la luna</i> , por Aurora Greenwall	34

Castillos,

por Cristian Bautista.



—Buzios. Un hotel a orillas del mar —dijo ella.

Él dejando caer un chorro de agua finito junto a la bombilla, escuchaba.

—Con forma de castillo —dijo ella. Sin mirarlo, lo dijo. Con la mirada perdida en un horizonte lejano, profundo, salvaje; hablaba. Hablaba de desayunos completísimos, de habitaciones con ventanales que daban al mar, de cuatro torres bien altas iluminadas con reflectores que iban alternando los colores en un suave degradé. Desde el azul marino profundo, pasando por el verde turquesa, hasta llegar a un tono celeste pálido.

Él le alcanzó un mate.

Ella lo agarró.

—Podríamos ir juntos —dijo él.

Ella movió la bombilla.

—Hay promociones. Siempre hay promociones —dijo él.

Ella tomó dos sorbos cortos del mate y como no decía nada él fue a buscar la notebook.

Ella dejó el mate sobre la mesa.

Se habían conocido el fin de semana anterior. En el shopping. Él trabajaba en para una cadena de librerías. Ella entró. Buscaba un libro. Nada en especial. Un libro para el verano, dijo. Él le recomendó tres y ella, quizás por indecisión quizás porque le pareció atractivo el uniforme de él no se decidió por ninguno y llevó los tres.

Fueron juntos hasta la caja. Caminaron de un extremo a otro del local. Un amplio salón limpio y extremadamente iluminado. Él llevaba los libros y hablaba. Cuando llegaron al mostrador ella se distrajo mirándole un rulo chiquito que le caía sobre la frente. Y fue por eso quizás que se olvidó la tarjeta de crédito y entonces, él la llamó. Quedaron en encontrarse en un bar del centro.

Fue la forma que él tenía de escucharla lo que hizo que ella diga que sí cuando quedaron en verse otra vez. Una cena. Después, fueron a la casa de él. En zona sur. Un departamento en el quinto piso de un edificio sindical.

Hicieron el amor con la ventana abierta. Ella se levantó primero. Mientras se cambiaba él le dijo que se quede a desayunar.

—Es mediodía —dijo ella.

—Después, si querés, te vas —dijo él.

Ella no dijo que sí. Se quedó callada. Era domingo y no tenía nada. Nada que hacer.

Mientras él preparaba el mate ella vio el caracol. Lo alzó y se lo acercó al oído. Era lo suficientemente grande como para que le ocupe toda la mano. Él la miró. Por como la miró ella supo que tampoco él escuchaba el aire rebotando en las paredes redondas, pero no lo dijo. Y comenzó a hablar de viajes.

Ahora, la notebook, tardaba en prenderse.

Ella dijo que mejor buscaran en su celular.

Él asintió y arrimó la silla.

Ella googleó y él se sorprendió de lo rápido que se abrían las pestañas.

Ella deslizaba los dedos con habilidad mientras dictaba nombres de hoteles y direcciones de mails que él anotaba en un cuaderno con espirales.

Después de anotar quince o veinte, eligieron cinco y les mandaron mails.

Cuando terminaron ella dijo que ya era muy tarde. Que se tenía que ir, dijo.

—Quédate. Preparo algo y comemos juntos —dijo él.

Ella estaba cansada. Él insistió y ella dijo que bueno.

Él puso un disco de Gregory Isaac.

Mientras él giraba la cuchara de madera ella hablaba de arena blanca, de viento suave, de mar tibio, de agua clara.

Cuando el disco terminó, él puso otro. Uno de Bob Marley.

Durante la comida ella habló de aeropuertos y le contó cómo una vez perdió una valija.

Rieron. Ella habló tanto que casi no probó los fideos.

Terminaron el vino sentados en el balcón.

Él le preguntó si, para ella, la luna reflejada en el mar se veía igual. Igual a como se veía ahora. Ahí. Casi puesta a presión entre dos edificios.

—Allá se ve más... salvaje. Salvaje como el mar —dijo ella. Se quedaron en silencio. Ella tomó un sorbo de vino. Un sorbo largo hasta vaciar la copa.

—¿Alguna vez hiciste castillos en la arena? —dijo él. no la miraba; miraba la luna.

—¿Quién no? —dijo ella.

—Bien cerca de la costa, digo. ¿Alguna vez hiciste un castillo bien cerca de la costa?

—No duran —dijo ella. Él la miró y le preguntó si le había hecho un foso alrededor.

Ella dijo que igual, con foso o sin foso el mar termina llevándose todo. Todo, dijo. Con el vaso apoyado sobre los dientes a punto de morderlo, lo dijo. Y entonces él supo que ella había probado muchas veces hacer castillos.

—El secreto es hacer buenos cimientos —dijo él.

—Es solo arena —dijo ella.

—¿Probaste poner caracoles en los cimientos? —dijo él.

—¿Caracoles? —dijo ella.

—Si. Yo puedo ayudarte. Conseguimos caracoles, de esos redondos, de esos por donde se puede escuchar el ruido del mar, y los ponemos en los cimientos, podemos hacer cuatro torres. Bien altas. Una en cada punta del castillo —dijo él.

Ella sonrió. Miró la luna y sonrió. Cuando el vino se terminó él le dijo que se quede. Ella no contestó. Le dio un beso en los labios y no contestó.

Fue cuando ella entró al ascensor que se lo dijo. Antes de cerrar la puerta, se lo dijo.

—No conozco el mar —dijo él.

Ella lo miró. Quizás porque el ascensor estaba apenas más arriba fue que mirándole la frente, acercó la mano y le acomodó el rulo que le caía sobre la frente.

Cuando ella llegó a su casa no prendió la luz. Fue hasta el living y agarró un enorme caracol que estaba en el centro de la mesa. Después se lo acercó al oído.

Si él hubiera estado ahí hubiera podido ver como el azul del iris de sus ojos iba cambiando.

Lentamente.

En una amplia paleta de colores hasta conseguir el mismo verde que tiene el mar al atardecer. Después, celestes. Un celeste tan pálido como la espuma que se forma en el borde cuando las olas se alejan.

Cristian Bautista.

Participo desde hace diez años en el taller Alma Maritano coordinado por Pablo Colacrai. Algunos de mis cuentos están publicados en rosario/12 y revista cara de perro. Obtuve premios y menciones en



concursos.

Mi lugar,

por Patricia Castellón.



—Ya la encontré — afirma con los ojos vidriosos. —Vive en Marruecos. No puedo seguir así, necesito ir a verla — me dice y se deja caer junto a mí en el sillón.

—Si eso es lo que quieres, estoy dispuesta a acompañarte donde sea. —

Sonríe. Conociéndola no tendría que haber dicho eso, pero es la primera vez que la veo sonreír desde que descubrió que es adoptada.

—Estaba esperando que lo dijeras. Iremos esta noche a conocerla. —

—Pero... —tartamudeo y me aclaro la garganta. —Marruecos está muy lejos. —

—Sí, lo sé, pero ya tengo todo planeado: esta noche dormirás en mi casa y cuando mis supuestos padres se duerman tomaré las llaves del coche y conduciremos hasta el muelle, tenemos treinta minutos de carretera hasta ahí y luego nos espera un transbordador. —

—¿Hace cuánto lo estás planeando? — exclamo sorprendida. —Sabes cómo soy cuando quiero algo. —

Me tiemblan las manos en la cena, disimular nunca se me dio bien. Kalia me pateo bajo la mesa para que pare. Su madre, o “supuesta madre”, como ella la empezó a llamar hace un tiempo, me está mirando fijo. Respiro con dificultad, no sé por qué me mira. Dios mío, se habrá dado cuenta que oculto algo.

—Te está preguntando si no te gusto la pasta, porque aún no las has tocado. —

—Sí, me encanta — respondo mientras como. —Es solo que hoy estoy un poco... distraída. —

Empujamos el auto hasta la calle antes de encenderlo, Kalia conduce confiada, tiene la mirada fija al frente y mira los espejos de vez en cuando, son las dos de la mañana y las calles están desiertas.

—Deberías sacar el registro cuando cumplas tus dieciséis — digo para cortar el silencio.

Parece que va a responder algo, pero me regala una sonrisa triste y permanece en silencio.

—Eres mi mejor amiga, Lucy. Lo sabes, ¿no? — me dice sin despegar la vista de la carretera

Somos amigas y vecinas desde pequeñas, no puedo recordar ni un solo momento de mi infancia sin que ella estuviese ahí.

—Lo sé, y también soy la mejor copiloto, así que voy a poner algo de música. —

Conecto el móvil y elijo la lista de Spotify que armamos juntas. Vamos cantando cada una de las canciones hasta llegar al puerto.

—Unos metros más adelante hay lugar para aparcar — afirma.

—¿Cómo lo sabes? ¿Ya has venido? —

—Sí, el día que encontré los papeles de adopción tome un colectivo que me dejó cerca y camine hacia aquí, era como si el olor del mar me llamase. ¿Sabes? hay personas que se sienten pequeñas e insignificantes ante la inmensidad del cielo y del mar, pero ese día me arrojé al agua y floté mirando al cielo y no me sentí pequeña, me sentí parte; como si fuese parte de algo importante, de algo grandioso. Mis oídos cubiertos por el agua no me permitían escuchar mis pensamientos y una paz tan grande se apoderó de mí, liberándome del dolor. —

No me mira al bajar del auto. Sabe que no soy capaz de contestar, las palabras nunca fueron mi fuerte. Solo paso mi brazo sobre sus hombros y subimos al transbordador.

Nos asomamos a la baranda, la noche es cálida pero el viento es algo fresco por lo que me cierro hasta el último botón de la chaqueta. Kalia tiene los ojos cerrados y parece disfrutar del viento que golpea su cara y le desordena sus rizos.

—¿Has visto alguna foto de ella? — me animo a preguntarle. —Sí, mira — Me extiende su teléfono para que pueda verla. —Es muy parecida a ti —

Una sombra cruza por sus ojos, esos ojos que hace tiempo dejaron de brillar. Saco unas papitas de la mochila y comemos mientras contemplamos las estrellas.

—Tengo miedo — me confiesa.

—Estoy contigo, pase lo que pase, aunque mis padres se enloquezcan cuando se enteren que me he ido a mitad de la noche y probablemente me castiguen mínimo por un año — le digo con una sonrisa.

—Gracias. —me responde y me da un tierno beso en la mejilla.

— Voy al baño. Te he dejado un regalo en el bolsillo de la mochila —

La veo irse mientras reviso el bolsillo, saco un sobre que en el dorso dice Lucy y reconozco de inmediato la letra de Kalía:

“Gracias por acompañarme en esta aventura, porque sé que nunca te ha gustado desobedecer a tus padres y aún así viniste. Que la vida te haya puesto en mi camino fue lo mejor que me ha pasado. Como siempre te digo: todos merecen una Lucy en sus vidas. Te pido perdón una vez más por empujarte a esta última aventura, pero no supe hacerlo de otra manera, tenía miedo de venir sola. Lo único que deseaba más que nada era saber por qué, por qué ella me había abandonado, por qué siento este vacío que no puedo llenar, por qué no encuentro mi lugar. Pero cuando descubrí que ella había muerto y que todos esos por qué jamás se responderían decidí terminar con este dolor en el único lugar en el que me he sentido parte.

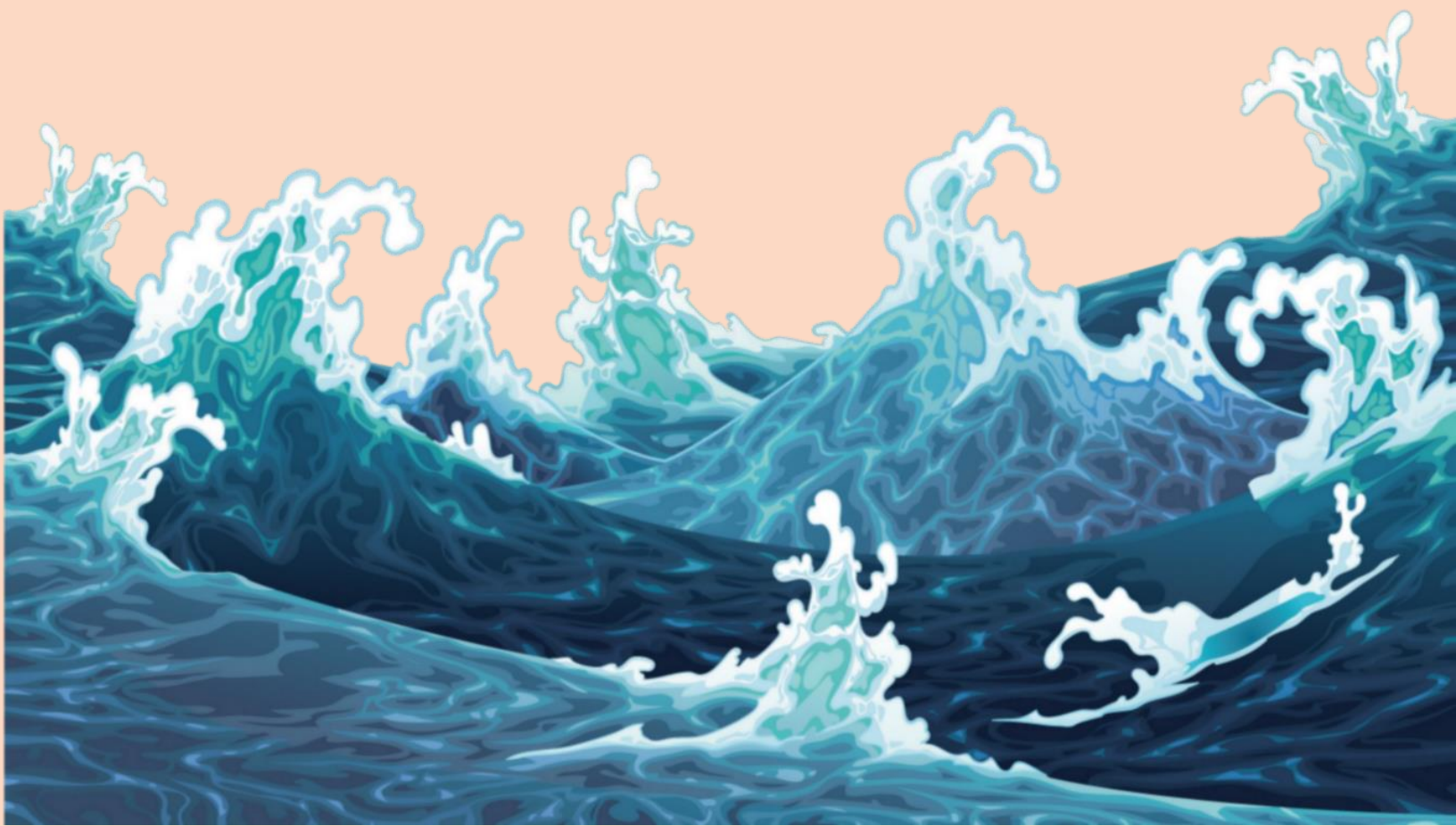
Lo siento, Lucy”

Patricia Castellón.

Desde muy pequeña me apasiona la lectura y eso me impulsó a escribir y poder crear mis propias historias.

Morgan,

por Daniela Lescano.



Salimos a la siesta. Mamá dice que Santa Ana queda cerca, que vamos a demorar menos de una hora, que hasta puedo aprovechar para dormir un poco, así capaz no me doy cuenta de que estamos viajando y me despierto directamente allá, como si el viaje no hubiera existido. Papá la mira con esa cara que yo sé que significa otra cosa, porque la boca se le ladea apenas un poquito, se le caen los párpados y niega levemente con la cabeza.

Morgan está enfermo desde hace semanas. Durante unos días pareció haberse recuperado, hasta me daba la patita cuando yo le ofrecía mi mano y me miraba contento. Empezó a comer de a poco, todos pensamos que ya había salido de la peor parte. Pero después volvió a sentirse mal. Hacía unos ruidos raros con la boca, su cuerpo se arqueaba y hasta parecía otro, no el mismo que jugaba conmigo todos los días, desde que era chiquito.

Me acuerdo perfectamente cuando mi abuela lo trajo. Era un jueves; yo estaba haciendo los deberes en la cocina. Papá y mamá se habían encerrado en su cuarto. Se escuchaba apenas lo que decían, porque habían encendido la tele y eso tapaba un poco los gritos. En eso entró mi abuela con Morgan cachorro en brazos y yo salté de alegría. Como Agustín no había nacido todavía, él era todo para mí.

Y ahora está echado en el asiento del auto, a mi lado. Es como una muñeca de trapo, igual que las que tengo colgadas en mi habitación, salvo que respira y de a ratos se babea. La baba chorrea por el asiento, es un hilito que llega hasta la alfombra del auto, después forma un charquito viscoso que tiembla sobre la goma porque el auto se mueve. Lo único que quiero es que llegemos a ese pueblo donde mi mamá dice que hay un señor súper impresionante que cura a todos los perros. Y a los gatos también. Pero no tenemos gato, así que eso no me importa.

El andar del auto me da sueño, pero tengo que estar despierta. Tengo que cuidar a Morgan, él podría necesitarme, y si estoy dormida ¿quién lo va a atender? Mi mamá se pone a hablar con mi papá, y como hace calor y vamos con las ventanillas abiertas, ella no escucha lo que le pregunto.

—¿Y si justo el señor no está, má?

Cuando a veces vamos con Agustín en el asiento de atrás y nos peleamos por las galletas o porque contamos arbolitos de Navidad y yo le gano, pasa un rato hasta que mamá se da cuenta y entonces interviene. Al final, termina dándole la razón a él, porque es más chiquito. Por suerte se quedó con mi abuela; si él venía, Morgan no iba a entrar en el asiento.

Me dan muchas ganas de acariciarlo, pero cuando lo toco apenas, él llora. Parece que le duele mucho. Y no quiero molestarlo. Lo único que quiero es que lleguemos rápido a Santa Ana y lo atienda el doctor de perros. A lo mejor le dan una inyección y se mejora. Le digo, despacito: “Morganchilo (a mí me gusta inventarle nombres raros con su nombre verdadero), te van a dar un remedio y te vas a poner bien, te lo prometo”. Ni mi mamá ni mi papá me escuchan, ellos van concentrados en sus cosas, la verdad es que no sé si conversan o si pelean, pero no me importa. Eso no me importa ahora.

En algún momento, a Morgan le pega el sol en los ojos, porque vamos hacia el norte (eso siempre dice mi papá cuando Agustín se queja del sol) y yo le hago un alerito con la mano para hacerle sombra. Él no hace nada, pero seguro le gusta, porque cierra los ojitos y parece descansar bien.

Cuando llevamos un buen trecho desde que salimos, a mi derecha aparece el mar. El viento salado nos pega en la cara, es como una felicidad repentina. Hasta el aire tiene gusto a sal. Hay muchos chicos jugando en las olas, yo los veo desde el auto, con sus baldecitos y sus palitas, y sus castillitos, que al final no duran nada. Morgan no puede porque está echado y no llega a mirar por las ventanillas. Cuando se cure, voy a pedir que lo traigamos para que corra por la arena.

A mí me gusta mucho la playa, y a este camino me lo conozco de memoria: una avenida ancha, la heladería con el cucurucho gigante, la tienda donde venden sombrillas, más allá el restaurante donde hacen asado, después unas dunas bajitas, y ahí damos una vuelta hacia la izquierda para encontrar el hotel donde vamos siempre. A Agustín y a mí nos

gusta la entrada, porque la señora que nos da las llaves de las habitaciones nos deja jugar en las hamacas y en los toboganes.

Pero esta vez no vamos al hotel. Vamos a Santa Ana, donde van a curar a Morgan. Entonces mi papá agarra otra ruta (yo pensaba que ya no iba a haber más ruta) y seguimos viaje.

—¿Cuánto falta, má? —le pregunto, porque ya tuve mucha paciencia, estoy cansada, no llegamos nunca. —Menos —me contesta ella, y me mira por el retrovisor. Nuestras miradas se cruzan y yo veo los ojos vidriosos de mamá, porque el viento le pega en la cara. Papá sigue aferrado al volante. Lo veo de costado. Tiene los labios apretados y me parece que va enojado.

Al final lo acaricio a Morguito (a veces le digo así también, y a él le gusta) y aunque estamos en verano y su pelo negro me da mucho calor en la mano, la dejo igual un rato sobre él y vuelvo a hablarle de Santa Ana. Si pudiera, le diría el nombre del doctor, pero mi mamá no me lo dijo y si ahora le pregunto, Morgui se va a dar cuenta de que yo no lo sé.

Creo que no soy una buena enfermera, porque al final me duermo, a pesar de que hice unos esfuerzos grandes con los ojos para mantenerlos abiertos hasta el final. Me despierto en brazos de mi mamá, que está sentada conmigo encima, sobre una piedra, en la playa. Ya es casi de noche. De reojo veo a mi papá, a lo lejos, que está apoyado en el capó del auto, fumando, con la cabeza inclinada hacia abajo.

—¿Ya llegamos? —pregunto.

Mi mamá mira hacia el mar. Me aprieta fuerte contra el pecho. Ahora sí, está llorando.

Daniela Lescano

Mamá de dos niños, abogada, escritora. Amo tejer mantas e historias y fotografiar árboles y objetos múltiples.



La ingenua juventud en un mar salvaje,

por Alexis Darío Lafuente.



Pensé que no me vendría mal hacer ejercicio, y salí desde mi casa sin apuros. Caminé unas cuantas cuabras hasta toparme con uno de los cerros que divide la ciudad del mar.

Observé la playa, y el mar que se vislumbraba a lo lejos. Sin meditarlo me dirigí a la arena, ya que podría ahorrar bastante tiempo y esfuerzo, o eso creí. A medida que avanzaba, comencé a sentir con mayor intensidad el viento, el aire del mar, el frío y una leve inquietud, la cual ignoré deliberadamente. También fui invadido por el olor de la sal, que se mezclaba de manera desafortunada con el de la contaminación, compuesta por basura y derrames de petróleo. Observé unos pocos barcos pesqueros a lo lejos, que se dirigían al puerto ubicado en el otro extremo de la playa.

Además había una plataforma petrolera, que no parecía estar operando en esos momentos. Luego de caminar en paz mientras observaba la arena, escuché como rompía una ola, que finalizó con espuma en mis pies. Comencé a apresurar el paso. La ansiedad no se hizo esperar. Sentí como mi cuerpo la experimentaba acelerando el pulso, entre cortándome la respiración y recordando que no tenía otra salida más que correr hasta llegar al próximo acceso a la ciudad, ya que en esos momentos me encontraba a la mitad del camino.

Mientras seguía apresurando el ritmo recordé una historia que me contó mi padre. Durante su adolescencia, él solía recorrer esa misma playa para cortar camino. Lo hacía con confianza, después de todo, conocía bien el lugar, pero me advirtió que no me confiara: El mar puede verse calmado en un momento, solo para arremeter al siguiente instante. La marea no espera el paso de nadie, dijo. Continué arrastrando los pies, hasta que el agua me llegó hasta las rodillas. El frío traspasó mi calzado. Empecé a notar como el retroceso del mar me arrastraba, sólo para volver a embestirme con las implacables olas. La ansiedad se convirtió inmediatamente en terror. Algo pasó rápidamente entre mis piernas, posiblemente un pez que ya podía andar a sus anchas por la inundada playa. Una de las olas me empujó hacia el cerro, el cual no podía escalar de ninguna manera. Intenté nadar hacia la costa, pero por cada brazada retrocedía aún más. Terminé de perder la fuerza de mis piernas y del resto del cuerpo. Finalmente, el mar me terminó de arrastrar

hacia adentro y dejé de luchar. Me pregunté si me encontraría con mi padre. Tal vez me mostraría las maravillas de las profundidades. Después de todo, no se siente tan mal habitar en lo salvaje.

Alexis Darío Lafuente

Las olas del tiempo,

por Denise Núñez.



“Mientras lees

el mar dobla sus páginas

oscuras”

Denise Levertov.

Si todas las cosas están pasando al mismo tiempo, no es necesario que regrese a ningún lugar porque ya estoy ahí. Tampoco es necesario que navegue por lugares desconocidos, porque ya llegué a donde tenía que llegar. Si una línea no puede explicar el movimiento del tiempo, el mar lo puede explicar un poco mejor. Porque realmente nadie sabe de dónde viene y mucho menos a dónde va. Es como el viento, pero no es igual.

El mar siempre siente algo, y a mí me deja indefenso. Me puedo sentar a la orilla y cada ola que rompe contra mi piel es una emoción diferente, es que el mar no es triste ni feliz, pero siente todo y lo trae hacia mí. Así me enseña cómo es el tiempo, y es que no hay nada certero, ninguna ola es igual a la otra ni se quedan descansando en mis pies de la misma forma. Cada una tiene el plazo que quiere y luego se va, muy parecidas a mis pensamientos.

El viento hace que me de frío, aunque el sol se asome a mitad del día, el sonido de las olas es más fuerte que el de mi respiración, me tranquiliza, no estoy solo, el mar está conmigo. Más bien yo estoy con él. Al viento no lo puedo ver, pero el mar trae y se lleva todos los recuerdos, y mis sentimientos imperfectos de querer que las cosas sean diferentes. Aunque las olas no llegan ni se van siguiendo un patrón, siempre llegan y siempre se van.

Pero no quiero entrar a nadar, no quiero llenarme de arena. Basta con quedarse en la orilla, las olas son infinitas, no como yo y mis angustias. ¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que me dé cuenta de que por más que me quiera alejar del mar siempre regreso a él?

Y es que yo creía que entendía el lenguaje de las olas, pero en realidad es indescifrable, incomprendible.

¿Quién le dará las noticias al mar? Parece que sabe lo que está pasando, parece que no necesita que nadie le diga lo más comentado en el último año. Y es que realmente no le importa, realmente no le afecta la intrascendencia de las últimas noticias. Parece que para el mar el tiempo no pasa, que en realidad todo está sucediendo en el mismo momento, entonces no merece la pena enterarse y darle importancia a sucesos aleatorios, que se vuelven insignificantes en comparación con todo lo que le pasa al mar en un segundo.

Creo que lo que realmente es tan atractivo de él es que es un abismo, y dentro de mí hay otro abismo, y lo llama y se unen, se conocen, se comprenden. Nada es perfecto y aunque me cueste mencionarlo el mar tampoco lo es, solo es ajeno. Se aleja cuando es necesario alejarse y se acerca cuando lo ve oportuno. Pero siempre se va igual, igual siempre regresa. El mar algún día ya no me acompañará, pero lo recordaré porque invariablemente me cambió.

Denise Núñez

El mar genuinamente no tiene ninguna explicación, y no la necesita.

Epifanía,

por Miguel Arredondo.



No sé si exista el paraíso
pero fue como haber estado en él.

Corrientes de agua cálida
me mantenían a flote,
un atardecer iluminaba el cielo
de tonalidades azules y moradas
que se confundían con el abismo
infinito del mar.

Nubes redondas que formaban
siluetas amorfas.

No se veía nada más
que el cielo confundiéndose
con el mar
y el mar confundiéndose
con el cielo
las nubes confundiéndose
con la espuma
y la espuma confundiéndose
con las nubes.

Por unos minutos
mi mente se confundió.

Se confundió con todo.

Con el cielo y con el mar,

con las nubes y la espuma,

mi cuerpo se confundió con el oleaje

y yo me confundí con el tiempo,

con el espacio.

Por un momento comprendí lo incomprendible.

Dejé de ser yo y fui mar

y fui cielo

y fui espuma

y fui corriente

y fui nube

y fui sal

y fui tiempo.

Fui todo.

Miguel Arredondo.

Océano famélico,

por Carolina González.



De frente a ese cuerpo de agua que se remueve de adelante hacia atrás, de atrás hacia adelante, como quien se mece porque le duele la garganta de tanto vomitar olas, pero lo hace de nuevo porque siente que su cuerpo infinito lo necesita. En silencio recuerda, como si estuviera pasando delante de sus ojos.

Un padre humano y su cría, moviéndose cada vez más lejos de la orilla. La cría, temerosa, transmite su inquietud: no quiere ir más allá. El padre, orgulloso, le infunde confianza en él. Él es pescador, está seguro de lo que hace. La cría se aferra a esa seguridad ajena como si fuera la tierra misma. Avanzan. Pronto, ambos comienzan a sentir el arrastre que les indica el límite. Aun así, ya es tarde. La cría no puede sola, busca al padre. El padre no puede solo. Lo intentan, mas no lo logran. Sin vergüenza de su incapacidad, el mayor levanta los brazos, los agita, llamando la atención del guardavidas. Este último entra en acción inmediatamente. Corre, se sumerge, nada, alcanza, rescata, advierte, se retira. A salvo. El padre ríe; la cría teme, desconfía.

Regresa. Se sienta en la arena húmeda, sólo sus pies tocan el agua. Ya no confía, ni en el padre, ni en esa cría que dejó de ser.

Ahora confía
en la necesidad bulímica
de ese monstruo
que le besa los pies
deseando comérselos
para vomitarlos
en forma
de espuma.

Carolina González.

Las memorias de la ruptura de la confianza.

Desdichada,

por Adalia Winchester



Cada vez que quise escapar de mis pensamientos, nadaba. En principio, fue por una broma interna. Asumí, o mejor dicho, me convencí de mi sobrepensar; “¿Cómo puedo moverme?” Nada, no quería hacer nada. Entonces, ¿qué mejor que nada?, absolutamente nada... nadar.

Cuando era más pequeña me deleitaba con las historias de las sirenas, sus magníficos cantos, siempre quise ser una. Pero no sabía cantar, lo que me quedaba era nadar. Suena absurdo, querer imitar algo que «probablemente» no existe. Pero estaba cansada de ser yo, no quería ser alguien más, sino algo más. Así comencé a nadar. Evadiendo mis temores más profundos, y dolores recónditos. Pero lo que no pude evadir fue a esa criatura. Jamás había visto algo así, jamás imaginé que existiera. O tal vez sí. Yo lo había generado.

Todo aquello con lo que no quise luchar en años, apareció por mí. Deseé que fuera algún tiburón, o a lo sumo otra especie “no encontrada” pero eran mis pensamientos. El océano se tiñó de negro. Ese día, la luz que traté de tener siempre en mí, se había apagado con mis palabras: “¿Qué hice para ser feliz?, absolutamente nada.

Adalia Winchester

El mayor temor de la humanidad son sus pensamientos más dolorosos y oscuros.



Zarpar,

por Mateo Holguín.



Mientras doblaba un papel medio arrugado, venían a su mente escenarios increíbles por donde cruzaría su pequeña embarcación.

Quizás llegaría a las playas de algún lugar sin explorar, con animales jamás descubiertos, pájaros enormes de plumaje colorido y brillante. También con insectos escondidos entre troncos y hojas de la enorme selva al interior de la isla.

También podría acabar en las manos de un viejo náufrago atrapado en algún islote desconocido, lejano a todo lo conocido, perdido y olvidado por el mundo. Un alguien que verá en aquella carta hecha barco un alivio para su soledad.

Pero su pensamiento también estaba bajo la superficie porque, por más optimista que fuera, sabía que su barco de papel poco futuro tenía en ese inmenso mar. Por eso, veía su barquito como un papelito desdoblado flotando entre cardúmenes de anchoas y atunes, deshaciéndose poco a poco mientras la tinta se borraba.

Lo único que tenía claro era que, ni viajando por todo el océano o recorriendo las playas vírgenes de alguna isla perdida, esa carta jamás llegaría a su destino. Porque habría tenido el valor suficiente como para atravesar el mar montado en su barquito de papel, pero jamás tendría el valor de enviar aquella carta que prefirió entregar al mar.

Mateo Holguín

Soy todas y cada una de las pequeñas huellas que mis letras dejan en quienes se aventuran a leerme.

Del “Yo” y otras inmensidades,

por Sebastián Pérez.



Paremos un momento aquí. Déjame enseñar la simple letra, que compone al mar.

Recuerda que el tiempo no existe. Dime, ¿acaso una hoja no es digna de analizar?

Un reloj de agua fluye más rápido que uno de arena.

Lo que somos mancha más que aquello ensañado contra veleros, calamar.

Atento. Inalcanzable el horizonte, te hace pequeño coral.

Con calma. Desdibujadas en agua, figuras sumergidas en luz y sal.

Contempla. Calor y color generan un “yo”.

Tristeza. Oscura y profunda, inmensa cual tifón.

Detente, piensa, siente y compara. Comparar dentro de ti es opinar.

Respira, sumérgete, aguanta y exhala. El aire en tus pulmones no es tu propiedad.

La sal en tu sudor es parte de algo más.

Tú, ser diminuto, eres parte de este mar.

Sebastián Pérez

Me apasiona abarcar mucho y fingir que aprieto lo suficiente.

Y... soy de muchos colores.



Una lágrima a la luz de la luna,

por Aurora Greenwall



Si te dijera que los Demonios son reales no me creerías, ¿cierto? Pero no te preocupes, tengo una prueba. Yo. Sí, así como lo lees, yo soy la mejor prueba que puede haber. Mi nombre es Charlie y soy un Demonio Elemental del Agua, que vive en el Océano Gris, el más grande de todo el planeta GreenLand.

Eh no, las sirenas y todas esas criaturas con una mezcla de partes de animales y de humanos, no existen, eso si que no. Solo existimos los Demonios Elementales del Fuego, del Agua, del Aire, de la Tierra, de la Madera, del Metal, del Cristal y de los Astros. Y los humanos claro y animales y todo eso y fantasmas o almas en pena o desencarnados, como les quieras llamar. Todos los Demonios tenemos cuerpo como los humanos, no tenemos partes de animales o peces en el cuerpo, no, pero sí tenemos branquias en ambos lados de nuestros cuellos. Claro que solo las tenemos los Demonios Elementales del Agua.

Cada Demonio tiene una o más habilidades. La mía es bastante inútil, no se burlen. Yo puedo construir cosas de nácar tan solo con tener la intención, aún en un lugar donde no haya absolutamente nada. Lo que pienso se construye solo y del tamaño y forma que yo desee, también puedo cambiar su forma a voluntad aunque ya esté construido.

Para mí es una habilidad algo molesta, porque a veces pienso en cosas porque sí y ¡paf! Que se construye. O a veces toco esas mismas cosas mientras pienso en otras y ¡paf! Que se cambian de forma. Esto me ha traído muchos problemas en la comunidad. La verdad es que detesto esta habilidad.

Los Demonios vivimos en comunidades, algo así como pueblos dentro de un Reino. Tenemos un Gran Gobernador, que es el Demonio Elemental más anciano y pues se supone que el más poderoso, él rige a todos los Demonios Elementales del Agua y a todas las criaturas que viven dentro del mar. Cada comunidad tiene su propio líder. Mi comunidad se encuentra en la parte sur más profunda del Océano, es la comunidad Z y nuestro líder es mi mejor amigo, Alan. Él tiene 39 años, pero luce como de 20, es muy alto, mide 2 metros, su cabello es muy largo y rubio, es muy musculoso y todas las Demonesas babean por él. Ok también casi todos los Demonios. Es que es de verdad muy apuesto, además de

correcto, directo, de buen corazón y justo. ¡Y sus habilidades! Son de otro mundo en serio, describirlas como grandiosas sería poco. Él puede curar con sus manos, cualquier cosa, puede hacer que cualquier ser le diga la verdad, tiene una fuerza brutal y descomunal y puede controlar a los animales o todo tipo de criaturas (excepto Demonios). ¿Ven? Alan es increíble.

En cambio, yo tengo 24 años, mido 1.70 metros, soy más bien delgado, no soy tan fuerte como Alan, mis ojos son amarillo muy claro y algo achinados, mi cabello es celeste pastel y me llega hasta la nariz, estoy lleno de pecas y mis labios son muy rojos por naturaleza. Siempre me molestan diciéndome que me pongo labiales, pero no, nada que ver. Y a parte de mi inútil habilidad, mi sentido de la rebeldía y mi curiosidad excesiva, no tengo nada más.

Como buen líder, Alan siempre nos está diciendo que no salgamos de nuestros hogares y mucho menos nos acerquemos a la superficie, cuando las placas tectónicas comienzan a moverse, porque puede ser en extremo peligroso y podríamos morir. Dicen que toda la tierra se mueve, que el mar se dispersa y todo a su alrededor se llena de sangre. Que ha pasado muchas veces y siempre se pierden cientos de vidas, sobre todo de humanos y Demonios que no se han protegido con la Armadura Dorada. Da bastante miedo por como lo cuentan.

Nuestros hogares y nosotros, tenemos protecciones especiales que llamamos Armaduras Doradas, que nos cubren por completo y nos separan del exterior, por lo que no se siente en lo absoluto cuando algo sucede. Solo nos avisan por el megáfono y todos se guardan se sus casas como conejitos en sus madrigueras y los que no alcanzan, se cubren con sus armaduras.

Pero, para ser honestos, yo jamás he visto algo así, creo que le llaman tsunami o no sé, algo así que viene después de los terremotos.

Siempre nos han enseñado sobre los peligros de estas catástrofes naturales, pero nunca tomé en cuenta las advertencias de Alan con respecto a los terremotos o tsunamis. Como

nuestros hogares están protegidos y cada vez que salimos a la superficie, nos protegemos también, aunque se mueva todo el planeta, no lo sentiremos. Tal vez esas protecciones nos hacían más mal que bien, al menos a mí, porque como nunca sentí nada, pues no creí nada y cuando sucedió... Ya era tarde...

Cambié el destino de una ciudad entera...

Nota: este relato tiene más partes. Puede leerse completo en el perfil de
Aurora Greenwall, en Wattpad.

**El Narval de Papel es un taller literario, una revista antológica
y una comunidad de amantes de la literatura.**

Inscripciones abiertas todo el año.

Visita nuestra página web para saber más.



El Narval de Papel